

Homilía en la Ordenación de Diáconos. Domingo 27 de septiembre de 2015.
Catedral de Cádiz. (DOMINGO 26 TO / B)

Num 11, 25-29 - St 5, 1-6 - Mc 9, 38-43.47-48

Queridos fieles todos, queridos ordenandos Darío y Gerardo y sus familias, sacerdotes, seminaristas:

Cristo nos reúne para celebrar el sacramento del orden. Estáis aquí para ser incorporados al ministerio apostólico con la gracia de un sacramento, una intervención de Dios que os envía autorizadamente como ministros de la Palabra y de la Eucaristía y para servir a los pobres. Dios nos habla en los textos de hoy, que hacen referencia a la vida del discípulo de Cristo y también a la vida comunitaria, sea en el pueblo en marcha hacia la tierra prometida, sea en la comunidad eclesial. Hemos escuchado en el Libro de los Números que se habla de la donación del Espíritu de Dios a los setenta jefes del pueblo en camino por el desierto. Esta participación en los dones del Espíritu se ha considerado siempre como un anuncio de los carismas en la Iglesia y el anticipo de la colaboración con el episcopado en el Sacramento del Orden, como lo recuerda la Oración Consagratoria de la Ordenación. Nos recuerda en primer lugar que Dios da la gracia a sus elegidos para servir a la Iglesia entera, y, al mismo tiempo nos habla de la estructura eclesial jerarquizada donde cada cual sirve en comunión y obediencia al único designio de Dios.

Jesús, en el Evangelio, responde a Juan para que aprecie y se alegre del bien que vence al mal, venga de quien venga, esté donde esté. ¡Qué apertura de espíritu tiene Jesucristo frente a quienes no pertenecen a la comunidad creyente! "No se lo impedáis", dice Jesús a Juan y a los discípulos. La persona de Jesús ejerce un influjo universal, no puede quedar encerrada dentro de nuestros límites o previsiones. Jesús sabe que hace grandes milagros y reparte muchos dones por todas partes, y nosotros debemos apreciarlos para mostrar a todos su rastro. "Quien no está contra nosotros, está con nosotros" nos inspira el arte cristiano de dialogar para mostrar la presencia coherente de Dios en las personas, en quienes ha dejado su rastro de verdad y sintonía de bien, de belleza y de amor, que nos orienta a El para hallarlo en plenitud. En el Evangelio, como veis, se reflejan ciertos aspectos de la vida de los discípulos en sus relaciones con los que no pertenecen a la comunidad cristiana. Vuestro servicio diaconal exige también anunciar el evangelio a los alejados. Como predicaba San Pablo: "todo lo bueno, lo verdadero, lo bello, tenedlo en cuenta". He aquí el principio del diálogo pastoral que sabe salir al encuentro de los demás valorando lo que nos acerca, pues es reflejo de la bondad de Dios.

Pero también el Señor orienta a sus discípulos a vivir *una comunidad que sea reflejo de Cristo*. Dentro de la comunidad las relaciones entre los diversos miembros han de regirse por el mandamiento de la caridad. Esa caridad que podríamos llamar "pequeña" moneda corriente para la convivencia diaria, como dar un vaso de agua, enseñar a los demás, evitar lo que pueda dañar.

Evangelizar comienza en esta sintonía, que vosotros reconoceréis como la experiencia de vivir unidos a Cristo, como un solo corazón. Si Jesús es el único y verdadero pastor y su mirada es necesariamente la nuestra, si estamos en sintonía íntima con el, si compartimos los sentimientos de Cristo, también sufriremos con El, que “vio una multitud y sintió lástima de ellos porque andaban como ovejas sin pastor” (Mc 6,34). El nos regala su misión. Comprenderéis entonces que ir a todo el mundo para anunciar el evangelio no es un mandato: es antes su corazón. Evangelizar es la gran revolución que no podemos olvidar sin perder al Señor. Vivimos un presente de la historia apasionante donde mostrar a Jesús con obras y palabras es impresionante y conmovedor. Sabemos que las personas necesitan a Dios y que la cercanía de su misericordia y amor transforma el mundo. Vosotros habéis hecho de vuestra vida un don. Que la gratuidad se vea en vuestras obras, en todos los trabajos del ministerio, que se exprese en el cuidado de todos, sobre todo de los más vulnerables.

El mayor servicio que espera la iglesia de vosotros es que afirméis con vuestra vida que Dios es necesario. El proyecto de eliminar a Dios ha fracasado, porque prescindir de el es una amenaza a la existencia humana, una devastación. Desconocer a Dios es prescindir de la verdad del hombre, entrar en el abismo. La primera predicación es vuestra consagración, inexplicable sin Dios, que sois dichosos sirviendo al Señor.

La DIAKONIA en la Iglesia nos dirige siempre a Cristo y debe asemejarnos a EL, “que no vino a ser servido sino a servir dando la vida” por nosotros (cf. Mt 20, 28). El servicio de amor de Cristo es inseparable de su amor al Padre, de la aceptación de su voluntad hasta la muerte, del auxilio a los pobres y necesitados, de la predicación de la Buena Noticia del Evangelio. Su vida y su muerte es oración, su amor a los pobres es liturgia, su predicación es compasión.

Ser discípulo y ministro del Señor es exigente, pues quien es seducido por Cristo quiere ser como el. Por tanto vivir como consagrados hasta en lo más pequeño no es compatible con el mal: hay que elegir aunque cueste. Las palabras de Jesús no dejan opción: “Si tu mano te hace caer, córtatela.” Quienes hemos sido seducidos por Cristo debemos dar la vida por El, pues a El la hemos entregado, aunque esa fidelidad pueda ser costosa en ciertos momentos. Hemos encontrado el tesoro por el que vale la pena venderlo todo para hacer nuestro el mejor negocio. El nos ha llamado para servirle con la libertad de quien vive los consejos evangélicos, dejando en el totalmente y para siempre los afectos, la voluntad y la libertad. Si hoy prometéis darle vuestro corazón es porque ya lo habéis entregado y sabéis que Dios, con su afecto, llena vuestra vida y os colmará para siempre. Si sois fieles os hará muy felices, pues El no defrauda. Es necesario, sin embargo, el discernimiento que indica el Señor en el evangelio para vivir la lucha del bien y el mal que se da en cada persona, por más que en nuestro pensamiento actual se relegue a las estructuras. Es indispensable el examen de conciencia siempre, como higiene del corazón, y la confesión de los pecados, pues todos experimentamos la tentación. Ya que sois desde ahora administradores de la gracia, mostrad al mundo el poder de vivir en la gracia de Dios y que vuestra vida haga patente que “solo Dios basta”.

Vais a prometer obediencia, que es un consejo evangélico para vivir diariamente, no sólo para cumplir órdenes. La obediencia a Dios es libertad, porque es entrega al amor y a la verdad. Todos buscan hoy el talismán de la libertad pero la autonomía que hoy deslumbra deja por todas partes huérfanos heridos de egoísmo y violencia. Nosotros sabemos bien que donde está el Señor hay libertad, nos hace libres, dueños de nosotros mismos, capaces de servir y generar en la Iglesia la verdadera fraternidad. Vivid la comunión que hace atractiva la comunidad, unidos siempre los fieles a sus pastores, en unidad. En efecto “la Iglesia no crece por proselitismo sino por atracción” (EG 14).

El secreto para amar así está en la fuerza de la caridad, pues donde mora el amor el Señor ha puesto al Espíritu Santo (cf 1Cor 13). Los sentimientos de Cristo, han de ser los vuestros: amar la voluntad de Dios, servir, dar la vida, aceptar la cruz y hasta la persecución.

Los diáconos, desde el comienzo, han de cuidarse de los pobres y ejercitar la caridad. El desprendimiento de vuestra obediencia es la pobreza aceptada por amor que hará fecunda y creíble vuestra caridad. El Apóstol Santiago se dirige al final de su carta a los miembros ricos de la comunidad para recriminar su conducta y hacerles reflexionar sobre ella a la luz del juicio final. En estas relaciones debe reinar también la justicia entre los dueños de las tierras y los asalariados. Los ricos, por su parte, han de ser muy conscientes de que sus riquezas no son tanto para gozarlas y despilfarrarlas cuanto para ponerlas al servicio de todos y atender a los necesitados. Nunca dejéis de cuidar a los pobres, que no pasen desapercibidos los necesitados de consuelo, de alimento, de esperanza, de fe. Que con vuestra ayuda todos descubran la comunicación cristiana de bienes que nos invita a darnos incluso a nosotros mismo.

Sois ya ministros de la Eucaristía. Qué importante es vivir, celebrar, explicar la Eucaristía “fuente y cima de toda la vida cristiana” (LG 11). Hemos de comprender la Última Cena y la presencia de Cristo entre nosotros, a partir de las palabras del Evangelio. Bossuet escribió: “Jesús toma la carne de cada uno de nosotros cuando cada uno de nosotros recibe su carne”. Es Jesucristo vivo quien alimenta a su Iglesia. Cuando la vida cristiana se desamortiza de la eucaristía es como si dijésemos que podemos vivir sin Dios, porque este alimento procede de Dios y sin Dios no podemos vivir. Y necesitamos alimentarnos, comer, y guardarlo con nosotros. “¡Quédate con nosotros, Señor!”. Ser ministro ordenado es descubrirse como siervo del amor y darle a Dios la honra. Es determinarse a ser pobre y olvidarse de privilegios. Es abrirse a una voluntad que nos envuelve en esa realidad que es hacerse siervos del amor. Pero alcanzar esa meta es fruto de una intensa vida de gracia y de saberse alentado por aquellos miembros de la Iglesia que viven el ministerio ordenado como una gracia para la Iglesia misma.

La Eucaristía es el sacramento que alimenta en nosotros la caridad cristiana. No tiene sentido que comamos a Cristo en la Eucaristía y mantengamos rivalidades, envidias y desamor entre nosotros. La eucaristía arroja luz no sólo hacia fuera de la Iglesia iluminando la naturaleza de lo humano. También hacia dentro, hacia su estructura, hacia los elementos que lo constituyen, como son el sacerdocio común y el sacerdocio

ministerial. “Trabajad por el alimento que perdura dando vida eterna; el que os dará el Hijo del Hombre” (Jn 6, 30).

La eucaristía es el ámbito de la oración en que Jesús orante entrega su vida. Que sea también para vosotros el aliento de intimidad con el Señor que haga firme vuestra oración y así viváis el compromiso que aceptáis de orar por todos los fieles, sobre todo en la Liturgia de las Horas. La presencia de Dios conseguida diariamente unidos a la Oración de la Iglesia harán que os sintáis siempre acompañado ejerciendo el ejercicio más fructífero, y os recordará que somos siempre del Señor. Por tanto, el COMPROMISO DE ORACIÓN que prometéis a favor de la Iglesia no hace más que expresar esta conversación perpetua que acepta el Esposo divino en vuestro compromiso de hoy y que culminará en la alabanza eterna de la liturgia del cielo.

Esta “unidad de vida”, como lo explicó el concilio (cf PO) es la clave para entregaros en un servicio de amor donde no cabe el funcionario; donde la función y la acción es liturgia, donde todo vuelve a El, porque de El dimana, y así la compasión de Cristo llega a los demás.

El sacramento os fortalecerá siempre con su gracia. Pediremos a Dios en la Plegaria de Consagración los siete dones para que podáis crecer en fidelidad y santidad. Desde este momento Cristo os introduce en la dinámica de la santidad que ha de llevaros a imitarle en todo para mostrar su misericordia al mundo.

Imitad a los santos diáconos, tantos mártires, a los evangelizadores, a quienes han entregado por amor a Cristo su vida a los pobres. La Iglesia entera os acompaña con su oración callada, su entrega fiel, su cálido amor fraterno. Que el Señor bendiga vuestra entrega y os haga ministros fieles para servir a la iglesia y al mundo. AMEN.